

capacidades intelectuales y del aprovechamiento alcanzado en la ciencia en que pretenda graduarse. Campean allí, sobre todo, orden, método riguroso, propiedad técnica de expresión y abundantes conocimientos espigados en el vasto campo de los comentadores extranjeros.”

Al despedirse el doctor Salazar de sus camaradas y amigos, lleve la certeza de que lo acompañan nuestra estima sincera y nuestro cariño de hermanos.

ANHELOS

(COMPOSICIÓN ESCRITA CON MOTIVO DEL CENTENARIO
DE LA INDEPENDENCIA)

Dos luces han guiado la senda de mi existencia en el tránsito de este mundo a esas otras regiones que la filosofía demuestra, la razón acepta y el corazón adivina: la patria y la religión; esos dos amores anidan en todo corazón bien nacido, en todo corazón amante de lo bueno y de lo bello; cual las flores se abren y hermocean con los influjos de la luz y del calor, así los corazones se dilatan ante los encantos del suelo que nos vio nacer y la patria que nos aguarda para ser mansión sempiterna. Colombia, la patria terrenal, adivinada por el genio de quien lleva el nombre y encontrada por él en la inmensidad de los océanos, vino a ser con el tiempo colonia de la entonces opulenta nación española. ¡Cómo cambian los tiempos! Hoy España se recuesta en los laureles de glorias pasadas y emprende lucha audaz para no perder el puesto en el banquete de la civilización moderna. Esas tres centurias en que los pueblos de Suramérica vivieron bajo la dominación española han sido juzgadas de distintos modos: para unos fue la noche tenebrosa de la ignorancia; para otros hubo mezcla de luz y de obscuridad; para el historiador de nuestra literatura, en los tiempos coloniales, no es verdad que en ellos

no hubiese nada, pues casi al concluir el libro dice: "Antes de 1810 había todo: se había patentizado lo que somos." Lo cierto es que en la naturaleza nada es repentino, porque al asomar la aurora del siglo XIX encontramos una generación sabia, retemplada al calor del patriotismo y armada con el escudo de la esperanza para columbrar en lo ignoto de lo futuro los esplendores de una patria libre, independiente y grande.

La historia ha esculpido en páginas gloriosas los nombres y las hazañas de los héroes de la independencia, y a mí como a otros muchos no nos ha sucedido lo que cantó el poeta:

"El hombre olvida lo que el niño amó."

Sí, ¿por qué olvidarlos? ¿No fue Bolívar el genio guerrero de los Andes? ¿olvidamos el valor sin par del León de Apure; el talento de Santander; la sindéresis de Sucre; la espada de Córdoba, acompañados de esos otros héroes que lidiaron las batallas que rompieron las cadenas que ataban las aspiraciones legítimas, ennoblecedoras de lo que el hombre ama, y ambiciona tener como faro que le conduzca al templo en donde la Libertad recibe la adoración de los corazones criados para el bien y la inmortalidad?

Empero, el amor y patriotismo verdaderos se sacrifican a sí mismos, si es necesario, como lo hicieron los próceres de la independencia; los que no son patriotas exigen sacrificios a los demás: hé allí la piedra de toque para distinguirlos; por eso se han tejido guirnaldas a los padres de la patria; por eso el bronce conserva el recuerdo de esos eximios varones; por eso la patria no escatima sacrificio para recordar sus grandes hazañas; por eso los nobles corazones aspiran a ennoblecer el trabajo y recalentar el patriotismo. Criterio estrecho y amenguado sería el quererlos balancear entre lo que hicieron y dejaron de hacer: lo primero es la obra que nos legaron, sellada con la sangre derramada en los cadalsos o vertida en los campos de batalla; lo segundo es

tarea nuestra, es obra del patriotismo y del trabajo, que fueron las dos palancas con que levantaron la inercia colonial hasta el heroísmo, hasta el sacrificio. Sea este exiguo trabajo un tributo a la fiesta del primer centenario de nuestra gloriosa independencia.

I

Los hombres se deben mutuo amor, amor que tiene origen en el santuario de la familia, y entre el amor a la familia, como nido de puros amores, y el que debemos a la humanidad, está el amor a la patria: en esta palabra están encerrados el amor a nosotros mismos, el cariño a la familia y todo lo que el hombre ama como noble, bello y bueno. Intima relación hay entre los lazos que nos unen a la familia como a la patria: son lazos que se estrechan naturalmente, como sentimientos avivados por dos focos que tienen origen en la misma fuente. La patria es la familia, cuyos horizontes se extienden hasta los límites de nuestra nacionalidad; es el suelo del cual somos pedazos, por el nacimiento y la educación.

El nacimiento y la educación son cosas que se armonizan para formar la familia social, esa sociedad de la cual formamos parte, como seres morales, alimentados y criados con la savia que en su seno contienen los pechos del suelo que nos protege y nos cubre con su sombra.

Quien ama la familia, ama la patria, porque aquel amor es el germen de éste; luego el amor a la patria no es otra cosa que el amor de sí mismo y el amor de los suyos. Podríamos definir el patriotismo el amor que una nación tiene por sí misma y el que por ella tienen los que son dignos de ser llamados sus hijos.

Hasta los brutos se encariñan con el suelo en donde nacieron; pero ese cariño es instintivo; en el hombre ese instinto son sentimientos que abrazan el *terruño* y la patria, entidad moral, círculo en donde se mueven los derechos legítimos y los deberes que deben cumplirse;

unidad misteriosa que no choca con la variedad de individuos que componen una nacionalidad.

La patria, en su triple aspecto físico, intelectual y moral, camina a compás de la civilización hasta los límites en que es posible la actividad humana, comienza en la familia, crece en la sociedad y su gloria se pierde en las alturas de la grandeza cuando en los corazones han pululado el patriotismo y el entusiasmo por ver el suelo patrio cubierto con una bandera gloriosa e inmaculada, cual es la que ondeó en Boyacá y en Ayacucho.

Claro está que allí sólo hay patriotismo cuando en los corazones y en las mentes de los buenos hijos de la patria hay un altar en donde la libertad recibe las adoraciones de los pueblos libres y civilizados, y en las venas hay sangre para lavar las afrentas de los que han conculcado nuestros derechos y arrebatado una porción de la herencia paterna. Los esclavos como los traidores no tienen patria: aquéllos son considerados como cosa, éstos como baldón y oprobio del suelo que en mala hora los vio nacer, son extraños, quizá tengan patriotismo instintivo como las fieras; pero están ajenos a los sentimientos que encierra la noción de patria. ¡Ah! Los descastados, excrescencia del cuerpo social, perdularios del bien, y síntoma de corrupción y degradación. Vedlos: Judas, Vinony, Huertas. Este descastado, según se afirma, recibió treinta mil dólares por la vil traición; no le faltó para imitar a Judas sino comprar un lazo para ahorcarse con él.

Las tres entidades naturales: la familia, la patria y la humanidad tienen entre sí armonías necesarias: sin patria la familia se desarrollaría en el aislamiento, carecería de seguridad; no tendría perfecto desenvolvimiento intelectual, moral y religioso; la humanidad sin patria y sin familia es una palabra sin significación: no formaría un cuerpo sino una disgregación incoherente; por tanto, aunque la familia, la patria y la humanidad son cosas distintas, deben enlazarse entre sí para que puedan conseguir las aspiraciones legítimas en sus múl-

tiples manifestaciones, entonces es virtud heroica; falseado por el espíritu de partido, por la ignorancia, por el egoísmo, es pasión intolerante, capaz de arrojarse al abismo en persecución del enemigo, y hasta perecer en la contienda casera, con menoscabo de los intereses de la patria.

El patriotismo es sentimiento y es deber; es amor acendrado que toda nación tiene por sí misma y por todos aquellos a quienes ella llama sus hijos; es abnegación que entraña el desempeño de la cosa pública, manifestándose, cuando el iris de la paz se muestra en el cielo patrio, por la obediencia a las leyes y por el fiel cumplimiento de los deberes profesionales; en tiempo de guerra, sólo cuando el suelo patrio es hollado por enemigo extranjero, entonces es sacrosanta la sangre derramada y laudables los sacrificios, que deben ser espontáneos y generosos.

Finalmente, el patriotismo es tarea emprendida para la mejora de los demás, o siquiera de la de sí mismo; contribuir en algo para el adelanto de los pueblos; derramar la instrucción en los corazones juveniles; ser tesoro de bondad para los desgraciados; arrancar los analfabetos de los brazos de la ignorancia; mostrar las sendas de las ciencias y de la virtud, que conducen a la verdadera gloria, son otras tantas muestras del amor por nuestros semejantes, por tanto ser útiles, irradiar la gloria de ser patriotas, no con vocinglera frase, sino con hechos tangibles.

II

El sustentáculo del patriotismo es el trabajo, administración para mantener y conservar los maravillosos órganos del cuerpo humano y perfeccionar las facultades del alma; lo es igualmente para cumplir los deberes de la sociedad y hacia Dios; mas el trabajo no es el desplegar de las fuerzas activas, como lo hacen los matadores del tiempo en el juego, asesino y tumba de ese tesoro sin precio; sino la aplicación sostenida de las facultades

para la consecución de una obra útil, para sí mismo o para la sociedad; para lograrlo es menester el concurso de toda la energía física y moral, dándose la mano el cuerpo como instrumento y el alma como agente.

El trabajo es en gran manera un acto humano: no puede llamarse trabajo los movimientos instintivos del animal, ni tampoco el moverse de las máquinas por el impulso que el hombre les ha dado: el trabajo implica los resortes de la inteligencia combinados con las determinaciones de la voluntad: la inteligencia discurre, concibe el objeto, inquiere los medios adecuados para llegar a la meta apetecida; la voluntad emplea esos medios; pues sólo la ciencia y la virtud son los mejores compañeros del trabajo: están en razón directa el progreso y decadencia de la ciencia y de la virtud; sólo cuando la inteligencia está esclarecida y la voluntad está ordenada por los dictados de la Sabiduría, así tan sólo los resultados del trabajo son opimos y benéficos.

Los pueblos adiestrados en las luchas de la inteligencia; amaestrados en la práctica del bien, son pueblos trabajadores: esos pueblos señorean el mundo, y el bienestar se ostenta en todas partes; con muchísima razón dice Dupanloup: "El dominio del mundo está reservado para el pueblo que más madrega."

Las necesidades físicas, intelectuales y morales que el hombre debe satisfacer no las puede conseguir sin someterse a la sagrada ley del trabajo: sólo con el trabajo se logra arrancar a la ciencia sus íntimos secretos; sólo con el trabajo se morigeran las pasiones. Además, como miembros de la sociedad, necesitamos mutuos servicios y no los podríamos prestar sino mediante el trabajo; luego el hombre, como individuo y como miembro de la familia, no puede prescindir de la imperiosa ley del trabajo. La ociosidad, fatal vicio que enmohece las almas, no es el estado natural del hombre. Cosa agradable es para algunos el no trabajar, no tener nada que hacer, pasar la vida como figurones de almacén; pero vergonzoso, es suma miseria, vil esclavitud; la ocio-

sidad encuentra un verdugo en el tedio que siempre la acompaña: la vida está en la actividad; la muerte en la ociosidad. ¿Para qué sirven esas aguas estancadas, engendradoras de miasmas metíficos? Donde hay trabajo hay riqueza, ciencia y por consiguiente virtudes. ¿Dónde está la fuente de la riqueza? En el trabajo. ¿Cómo se recogen los frutos de la ciencia? Con asiduo trabajo. No sin razón han dicho que los métodos rutinarios y fáciles no contribuyen sino para fomentar los zánganos y tontos de capirote.

El estudio es gimnasia intelectual, campo labrado, dispuesto para recibir la buena semilla, precursora de la cosecha abundante; en fin, sin trabajo no se adquieren las virtudes, adornos del alma y auréola gloriosa de una frente mojada con el sudor, emanado del rudo trabajar.

La dicha del hombre sobre la tierra está vinculada en la satisfacción de las necesidades naturales, y éstas no se pueden alcanzar sin trabajo, luego la dicha tiene por fundamento la suave y provechosa ley del trabajo.

Por remate de esto diremos que hasta la vida independiente de que tanto quisiéramos disfrutar, no se encuentra sino en el trabajo; los otros medios son quiméricos, insensatos y tal vez criminales: la vida independiente sólo se la logra con el trabajo; se conserva con la firmeza de carácter; ella emana de la convicción de los principios; y sólo los principios son justos y cabales cuando el hombre tiene fuerza de voluntad para someterse a los dictados de la ley eterna, porque los que así proceden pueden sin rubor increpar el crimen, baldonar la injusticia, pueden soltar un mentís al falsario; quien está así armado no abdica los deberes, los cumple; tiene entereza para mostrarse hombre; no se avergüenza de ser cristiano y lleva erguida la frente para decir a voz en grito: *¡soy colombiano!* Soy uno de los cinco millones de corazones que componen la patria colombiana, con los cuales deberíamos levantar un grandioso obelisco, firme como deben ser los principios y conviccio-

nes, elevado como los anhelos de Nariño y Santander, airoso como la espada de Córdoba y reluciente como el coraje de Girardot; prolífico como la ciencia de Caldas y Céspedes, y armónico como las aspiraciones para ver a Colombia grande y próspera, cual lo desearon los padres de la patria.

III

Los pueblos libres, civilizados y grandes han adoptado por divisa: ¡Libertad, Igualdad, Fraternidad! Esas tres plantas nacieron al pie de la Cruz, porque sólo la sangre redentora era eficaz para hacerlas nacer, florecer y fructificar. Ellas son la grandeza de las sociedades modernas: ahora la guerra es encarnizada, y el triunfo lo proclamará el tiempo venidero: el bien siempre ha triunfado del mal de sobrenatural modo. ¡Esperemos, la esperanza es inmortal, como AQUEL que es eterno!

Esas sonoras palabras son nociones filosóficas esenciales y previas, que pueden convertirse, como se han convertido, algunas veces, en tea incendiaria, en puñal asesino y en todos esos sistemas absurdos que conducen a las naciones al desquiciamiento completo.

Patrimonio del hombre es la libertad; ser libre significa poder determinarse; ser dueño de sí mismo; ser sujeto idóneo de la ley moral, que hace inviolables los entes inteligentes y libres, y nadie puede tener dominio sobre la personalidad; el individuo debe ser respetado en el cuerpo; en la inteligencia, cuando posee la verdad; en la conciencia, cuando procede con rectitud; en la sensibilidad; en el honor, vidrioso de suyo; y en los bienes; en todos los derechos naturales, en los derechos civiles y políticos; en el ejercicio de las facultades físicas y morales; puede adquirir la instrucción compatible con la aptitud con que esté dotado; puede expresar el pensamiento concebido en armonía con la ley moral; puede obedecer a los dictámenes de la conciencia; puede ejecutar el trabajo que le convenga y dejar el que le acarrearía perjuicio; puede escoger conforme con sus gus-

tos e inclinaciones; puede asociarse con sus semejantes para beneficiar las múltiples manifestaciones de la actividad humana; puede llevar a cabo lo que la ley no prohíbe; por consiguiente, los demás están obligados a respetar en su persona el individuo y el ciudadano; luego sus derechos se extienden hasta donde empiezan los de los demás: en suma, allí donde la libertad hace mansión, allí florece la civilización.

No pueden los hombres pasar por el mismo rasero, y sin embargo, por el origen, por la naturaleza, por el destino, el hombre es igual a los demás, o, en otros términos, tiene iguales derechos: no puede haber una ley para el individuo y otra para los demás: el individuo debe tener los mismos derechos y deberes, como también disfrutar de los privilegios de que gozan los demás miembros de la asociación.

La sociedad no debe estar dividida en clases artificiales, formadas por arbitrio, donde haya unos privilegiados y honrados; otros postergados sin razón, condenados a sobrellevar lo que la voluntad nacional no ha estipulado; el individuo puede, como los demás ciudadanos, pretender a todos los empleos que estén en relación con la instrucción y con las aptitudes con que esté dotado.

En verdad que esta igualdad esencial no impide ni puede impedir las desigualdades naturales: el padre, como jefe de familia, tiene derechos propios; el magistrado, todo hombre que desempeña algún cargo público, posee derechos inherentes a los deberes que tiene que desempeñar.

No es menester tener ojos de lince para percibir el abismo que separa el rico del pobre; el sabio del ignorante; el hombre cuerdo de un vulgar zampatortas.

La humanidad es una familia, todos los hombres son hermanos, porque tienen el mismo origen y el mismo Padre celestial. Hermoso es el principio moral: híz el bien y evita el mal; obsérva el orden; huye el desorden, esto es, sé ordenado por voluntad, como lo eres por naturaleza.



Tratando de explicar esos tres vocablos tan seductores: ¡Libertad, Igualdad, Fraternidad!, toda la moral se pone en juego. Miradas desde el lado seductor, abundan las ideas superfluas; mas consideradas y ponderadas a la luz de la fe y de la razón, no carecen de las necesarias. Por tanto, mejor comprendida la dignidad humana y el respeto que se le debe; la necesidad no de lucha, sino de concordia para establecer la paz, armonía entre la libertad, la justicia y la abnegación, para todos y para cada uno, así sólo la gran fiesta del primer centenario de la independencia colombiana, será la piedra fundamental de la grandeza y gloria del suelo colombiano.

¡Que la sangre de nuestros mártires extinga todo fanatismo antirreligioso, todo odio político!

IV

Morí en Bogotá, el 14 de febrero de 1892, a los setenta y ocho años de edad, un hombre de bien, un patriota a carta cabal, un eximio poeta, el señor don José Joaquín Ortiz: ese moribundo hablaba con entusiasmo de Bolívar y de Nariño; de Ospina y de Herrán; del ilustrísimo señor arzobispo Mosquera y de José Eusebio Caro, y decía poco antes de morir: “¡Ay, amigo, esos sí eran hombres! Si ellos se levantaran hoy de sus tumbas, huirían avergonzados a sepultarse de nuevo al ver la conculcación de sus principios y el moral decaimiento de su raza.”

¡Qué larga, qué gloriosa es la lista de nuestros héroes! Forman el sistema planetario de nuestra historia: en el centro Bolívar; Nariño, Sucre, Santander, Córdoba, como astros de primera magnitud; Caldas, Zea, Valenzuela, Lozano, como antorchas de la ciencia. ¿No es un fulguroso Venus, ése que en Bárbula clava en su cumbre la bandera colombiana; sella con su muerte las aspiraciones de su valeroso corazón, y cuya madre, en el cementerio de Bogotá, tiene por epitafio: “Josefa Díaz, madre de Atanasio Girardot”?

¡Gloria a las madres colombianas que dieron hijos a la patria, como Córdoba, Maza, Girardot, Ricaurte, de quien todo elogio es exiguo, y por eso el azul de los cielos puso su tumba en la inmensidad del firmamento!

Sin estar moribundo, pero ya en la tarde de la vida; allá en los floridos años de la juventud, a los catorce años de edad leí los cuatro tomos de la *Historia de la Revolución de Colombia*, por el doctor José Manuel Restrepo; en ese tiempo no conocíamos textos de historia patria, ni había las obras que después de aquella han visto la luz. Esos relatos enardecían el entusiasmo y llamaradas de patriotismo brotaban del pecho herido de indignación contra esos que la madre España mandó para la reconquista; ahora perdono, pero no excuso, y echo al trezado los sofisticos versos de Quintana:

“Su atroz codicia, su inclemente saña,
crimen fueron del tiempo y no de España.”

Después mucho, muchísimo he leído de lo referente a nuestra historia; también he leído voluminosas historias universales y generales: en ello no cabe, ni por asomo, la menor vanidad, sino que, como acertada y elocuentemente, dice el padre Lacordaire:

“La historia es el espejo que refleja lo pasado y sol que alumbró lo venidero.” Debemos recordar con cariño y respeto lo bueno que ejecutaron nuestros antepasados, y si en sus hechos hay errores reconocidos por tales, evitémoslos: un hombre cuerdo no tropieza dos veces en un mismo estorbo. Ajeno como he vivido, a nuestras guerras intestinas, sin tomar ninguna parte en el terreno resbaladizo de la política; tan sólo ocupado en las modestas tareas del profesorado, durante cuarenta años consecutivos, siento en mis anhelos algo como la esperanza de la patria; algo como el calor y el entusiasmo de los años juveniles, y por eso me dirijo a la juventud, a ese orgullo de los pueblos libres y civilizados: jóvenes, desarrollad las fuerzas físicas para ser útiles a la patria, que necesita hijos sanos y robustos; en-

riqueced la inteligencia con los conocimientos que comporten vuestras aptitudes, sin quitar a la ciencia la antorcha de la fe, porque el cantor de la duda nos dice:

“¿Qué es la ciencia sin fe? corcel sin freno;
A todo yugo ajeno,
Que al impulso del vértigo se entrega;
Y a través de intrincadas espesuras
Desbocado y a oscuras
Avanza sin cesar y nunca llega.”

(GASPAR NÚÑEZ DE ARCE)

Adquirid las virtudes que dignifican al hombre; practicad las que enaltecen al cristiano, y sobresalid en las que honran al ciudadano; no escatiméis el contingente para la grandeza y gloria de Colombia: si la patria, cual otra Cornelia, no puede mostrar valiosas alhajas, que pueda ufanarse con poder presentar una juventud instruída y virtuosa, capaz de heroicos sacrificios, y decir con entera satisfacción y el más intenso entusiasmo:

¡Hé aquí mis joyas!

PACÍFICO CORAL

Bogotá: 1910.

¿POR QUÉ?

Las personas enfermizas son las que más hablan del buen estado de su salud; en los pueblos pobres, todos parlan de millones; entre pícaros no se trata sino de honradez; las naciones belicosas viven cantando himnos a la paz; los déspotas no cesan de citar la ley.

¿Por qué será?

MIGUEL ROIGT

